

SUSCRIPCIÓN

Trimestres:
 SEGOVIA, UNA peseta.
 PROVINCIAS, 1'50.
 NÚMERO SUELTO, 0'05

etc

Anuncios y comunicados á precios convencionales.



OFICINAS

Plaza de Alfonso XII,
 14, y Librería de la
 Plaza Mayor, 28.

A fin de año se regalará á los suscriptores de la capital una preciosa afamada que.

PERIÓDICO DOMINGUERO, TEMPESTIVO Y JOCO-SATÍRICO

DIRECTOR: JÚPITER

NÚMERO EXTRAORDINARIO



Toros en LA GRANJA

Corrida verificada el 26 de Agosto de 1889

CARTA Á SILVIO

Compañero y amigo Ochoa: Anoche, cuando uno de los vehículos de Cotorena nos dejó en nuestra plaza Mayor, conduciéndonos, cómodamente por cierto, desde San Ildefonso, me preguntaste al bajarnos del coche:—¿Y qué opinas tú de todo lo que hemos visto?

Como, á causa de las voces que había dado en el circo taurino, estaba ronco y además el polvo del camino me había formado una pared maestra en la garganta, no te contesté con la extensión que yo hubiera deseado y que la cosa merecía.

Llegué á casa y me dije:—Voy á escribir una carta á Silvio esta misma noche, haciéndole en dicha misiva la reseña de cuanto he visto y mañana temprano la lee al levantarse, y, aunque mi descripción sea incompleta y falta de color, se puede hacer la ilusión de que está otra vez en San Ildefonso.

Pero—me dije para mi camisa interior—lo peor es que yo tengo mala letra y como el cansancio cerrará mis ojos, pues como dice Campoamor

*es el cansancio material un hilo
que tira de nosotros hacia el sueño,*

no habrá Dios que lea luego lo que yo escriba.

Brotó entonces en mi mente la idea de mandar la carta á Rubio para que la copiara en letras de imprenta, porque de ese modo la leerías mejor, y así lo hago, amigo Silvio, en la seguridad de que no se perderá, porque los chicos de la imprenta no tienen la pícara costumbre de un cartero que yo conozco y del que ya te hablaré para que le pongas para una recompensa.

¿Demasiado comprendo por qué me preguntabas mi opinión sobre la corrida?

Desde nuestra salida hasta nuestra entrada en la capital, se hizo dueña de tu atención una flamenca y se comprende que no atendieras á la fiesta, ni á nada.

Por eso quieres que te cuente todo lo que vimos é hicimos, para después salvar tus compromisos ulteriores.

Voy á hacerte con todos los pelos y señales que me permitan las notas de mi cartera y el sueño que se apodera de mí en este instante.

Hecho este pequeño y explicativo *paréntesis*—como dice un futuro concejal—entro en materia.

¿Te acuerdas? En el camino, cuando íbamos á La Granja, se veían muchos coches, carromatos y tartanas, bueyes, bicicles y burros (¡de éstos si que no faltaban!) y al ver caminar á tantos de maneras tan variadas, una chica madrileña dijo, poniéndose en jarras:—¡Aquí se viaja en todo; pues ya solamente falta que se venga en *surmarino*, desde Segovia á La Granja!

Llegamos sin novedad á las Puertas de hierro, y como se aproximaba la hora de la corrida, nos dirigimos á la Plaza.

Allí nos dieron una bota repleta de fresca limonada.

¿De esto á que no te olvidaste?
 ¡Bien lo debes recordar!
 ¿Cómo se te va á olvidar si fuiste quien lo pagaste!

Entramos en el circo; los tendidos estaban llenos. Había mucha gente de Segovia.

Ejercía de presidente el Alcalde de San Ildefonso Don Antonio Armengol, un excelente sujeto que según me han dicho preside divinamente sesiones de Ayuntamiento, pero ¡lo que es corridas de toros!...

Y esto no lo digo yo solo, lo decía todo el mundo. ¿No es cierto amigo SA?

Pero no adelantemos los comentarios. La parte central del palco la ocupaba

Doña Isabel (su Alteza)
 digo, la Infanta;
 una marquesa (dicen que la de Nájera)
 y otros sujetos,
 que no tengo la honra de conocerlos.

Detrás de mí había una mujer que llevaba un par de docenas de *buñuelos*.

—¿Con *buñuelos* empezamos?—decía uno del pueblo—¿pues á ver si esto resulta otro!

—Señora, ¿por qué no se ha traído usted también una jicara de chocolate en el *bulijillo*?—gritaba una jamona.

Salió el alguacil vestido de medio traje.

Y qué traje, ¡cielo santo! no era ni á la antigua usanza, ni el que usan los alguaciles, ni *chicho ni fiamon*, más que traje parecía la esclavina de una capa.

El regimiento (¡quién lo pescara *¡eh! Silvio!*) de Saboya ejecutó un precioso paso doble y pisó el redondel el primer bicho de la tarde, que era negro y corniveleto. Como sus colegas ostentaba divisa amarilla y grana.

Los piqueros Infante y *Risones* lo picaron tres veces. ¡De qué manera, Dios *caño!*

El bicho, que debía andar delicadillo, espiró á manos de los de á caballo, sin llegar á *banderillas*.

Y dijo *Lagartijillo* al mirar tales horrores:

—¡Pues si matan los piqueros á qué he venido yo, entonces!

Se armó un alboroto mayúsculo porque el público pidió que el bicho fuese retirado al corral.

Yo espero de la amabilidad del Sr. Armengol, me remita, para publicarla en el próximo domingo, una nota de las multas que impuso á los dos *rajadores* de toros.

Conque la espero. ¡No vaya á venir esa nota como otras que pedimos desde hace medio año!

Fué arrastrado el cornúpeto y entonces los encargados de abrir el chiquero lo hicieron tan bien que dejaron abierta la puerta primera y cerraron la de barreras; el toro salió por el callejón haciendo víctima de su furor al infeliz Vicente Vallejo, carbonero de esta capital, que tiene su establecimiento frente á la iglesia de Santa Eulalia. Fué arrollado cuando se disponía á subir al tendido.

Leñero, que era el nombre del bicho, causó á Vallejo una herida muy profunda, tanto que el médico temía que le hubiera interesado el pulmón.

El herido fué conducido en muy mal estado al Hospital militar donde le hicieron la primera cura, calificando la herida de muy grave.

A la hora de escribir estas líneas tememos un funesto desenlace.

Al fin salió al redondel el toro que era *cornigacho* y de muchos pies.

Sufrió cinco puyazos de los de tanda, que cayeron en dos ocasiones, presenciando la muerte de sus jacos.

Y después *Lagartijillo*, con mucho aplomo y con arte, saltó al bicho tres *verónicas*

pero archimonumentales; y una chica, confitera, tanto llegó a entusiasmarse, que dijo a *Lagartijillo*:
—Te prometo regalarte una Fuente de las Nanas de mazapán y de hojaldre.

Marqués clavó a *Leñero* medio par; Aparicio otro medio, repitiendo el primero con uno muy de lantero.

Lagartijillo, que mataba en lugar de *Pepete*, por haber sido éste herido en Madrid el día anterior, después de pasar muy ceñido al toro, le señaló una en hueso y dos después, algo cortas, pero en su sitio.

Leñero fué descabellado por *Lagartijillo*, que recibió aplausos y tagarrinas.

Demostrando poco juicio, *Leñero* hirió a un carbonero y gritaba el pueblo entero:
—¡Claro, envidias del oficio!

Corniveleto era el tercero de la tarde, que atendía por *Cumplido*.

Un puyazo, recargando, sufrió de infante, cogiendo la moña; otro del reserva, cayendo y perdiendo el arre, quien al espirar acercó el hocico a la oreja de un mono sabio.

—¿Está haciendo testamento— una jamona decía,— ó es que le está dando a usted recuerdos por la familia?

Dos veces fué picado *Cumplido*, que mató a otro desdichado cuadrúpedo.

Aparicio clavó un buen par a la media vuelta y otro también superior a toro parado el *Rubio*.

Júpiter se entusiasmó y le tiró dos cigarros, gritando muy orgulloso:

—¡Si no hay ningún *Rubio* malo!

Repitió Aparicio con otro par.

Uno de los chicos, el que mejor capa de brega llevaba, se la dejó a *Cumplido* entre los cuernos.

No tardó el toro en hacerla tirillas, con gran sentimiento del diestro, que mirando a *Cumplido* decía:

—¡Dios mío, mi capa nueva hecha trizas por el suelo, ¡y eso que el toro es *Cumplido*! ¡pues vaya unos cumplimientos! —Tú no te asustes, muchacho, le respondió un caballero, puedes hacer de esa capa corbatas a los pequeños.

Lagartijillo pasó con tres de pecho y dos con la izquierda al toro, que estaba muy descompuesto y no hacía más que mirar al cielo.

Nuestro convecino D. Victoriano Llorente, daba desde la barrera instrucciones al espada:

Yo creo que le decía:
—No mates mal a ese toro, pues si le das mala muerte te va a castigar el Código.

Lagartijillo, de azul y oro, soltó una en hueso al bicho, que seguía más descompuesto que un concejal en vispera de visita gubernativa.

Después de un metisaca y una un poco baja, murió *Cumplido*. ¡Olé, por el chico!

El espada brindó este toro a S. A. R. la Infanta, que le regaló cincuenta dureses.

Si a Moraleja de Coca, *Silvio*, esta revista llega y lo sabe el profesor, para quien siempre es Cuaresma, de fijo brinda a la Infanta un par de días de escuela.

—¡En qué país vivimos!—decía un señor de largas barbas, mientras empuñaba la bota de vino.
—¡En qué país bebemos! querrá usted decir,—le objetó uno que estaba a su vera.

El cuarto toro tenía todo el aspecto de un cabestro anciano.

Era berrendo en colorao y con unos cuernos más largos que una sesión de Ayuntamiento.

Y al mirar al bicho aquel, gritamos todos a coro:
—¡Esos son cuernos de toro ó son dos torres Eiffel!

En un periquete mató cuatro caballos, siendo picado, y muy de refilón, cuatro ó cinco veces.

Pasó el toro a banderillas con mucho poder, aunque así no lo crea el presidente Sr. Armengol. Aquellas eran muy pocas picas.

Por eso me decía un sietemesino de La Granja:

—¡Ay, el señol de Almengol, no lo puede hacer peol!

Tres ó cuatro medios pares de banderillas le pusieron los muchachos, pasando muchísimos sudores.

¡Y quién se metía entre aquellos cuernos tan largos!

Por fin puso Marqués un buen par.

Lagartijillo despachó al toro con tres estocadas muy bien dirigidas.

¡Y aquí fué Troya!

El público pedía otro toro, y con razón, puesto que el primero fué muerto en la suerte de picas y eso no lo rezaban los carteles.

El escándalo subía de punto.

Salió el primer embolado y ningún capitalista bajaba al redondel.

Tablas, botellas y toda clase de comestibles in-

vedían la atmósfera. Los silbidos nos aturdían. La Infanta miraba de reojo al Alcalde y también manifestaba desagrado. Seguía la lluvia de tablas.

Fuó enchiquerado el primero de los embolados y salió el segundo.

La silba era monumental; la lluvia de tablas no cesaba.

Y al ver allí tanta tabla decía uno de Madrid:

—¡Este es el circo taurino ó el pinar de Valsain?

El público, con una prudencia sin límites, se fué retirando de la Plaza.

Si eso ocurre en otro país, no queda una tabla para un remedio.

Y nada más.

Al salir de la Plaza nos tomaron por concejales.

Lo cual que me tiene preocupado y no hago más que preguntarme, derramando abundantes lágrimas: —¡Pero, Dios mío, qué desgracia! ¡Tendré yo facha de concejal!

Sácame de esta incertidumbre, amigo, *Silvio*, y manda como gustes a

PAGANINI.

ÚLTIMA HORA

Quando íbamos á empezar la tirada de este extraordinario, recibimos de un querido amigo nuestro el siguiente telegrama del Real Sitio de San Ildefonso:

Director TEMPESTAD.

Herido falleció anoche á las once.

V.

Lamentamos muchísimo esta desgracia, y mucho más siendo la víctima un honrado industrial de Segovia.

Imprenta del sucesor de Alha, plaza de Alfonso XII, 14.